

Las Palmas de Gran Canaria, ficción y realidad.

La ciudad es un ser vivo, un entramado en permanente construcción y expansión. Un cruce de diversos lenguajes donde conviven aspectos humanos, físicos, geográficos... Las imágenes, los espacios reales comparten una estrecha relación con las evocaciones, con los sueños. Cúmulo de vivencias de muy diversa naturaleza, lo real y lo ficticio se aúnan para construir un imaginario. Forma arquitectónica a la vez que una serie de símbolos que los moradores crean a lo largo del tiempo, realidades, ambas, en permanente mutación. Realidades, ambas, que se retroalimentan.

Una ciudad y una doble faceta. Ente empírico, por una parte, territorio oficialmente delimitado, un mapa lleno de marcas, de señales, con límites bien definidos, con estadísticas de población, de niveles culturales, de clases sociales, con porcentajes. Por otra parte, ente imaginario, producto de un ideario, del acervo cultural de sus habitantes, no delimitable e imposible de medir empíricamente. Esta dualidad, este cruce, la yuxtaposición entre lo oficial, la vida pública manejada desde los diferentes organismos con sus estadísticas y porcentajes, y lo privado, las vivencias de los habitantes, conforman el imaginario abarcador de cada ciudad.

Todas las ciudades son, en principio, frascos vacíos, pequeños cajones en nuestras mentes con una etiqueta, un nombre como soporte diferenciador. Sólo irán tomando forma cuando una serie de datos y sensaciones vayan llenándolos hasta generar una impresión, una idea más o menos vaga. Sobre algunas se podrá tener una opinión si se alcanza vasto conocimiento de ellas. Otras, en cambio, permanecerán en ese limbo de vago vestigio propiciado por leves pinceladas impresionistas. O bien desde el esbozo subjetivo del arte, que desde el Renacimiento se convierte en hontanar inagotable de misceláneas o, a veces, de murales de las diver-

sas ciudades, y que, llegado el siglo XIX, devino en una de las más fieles y reflexivas fuentes sobre la urbe y su cambio vertiginoso.

Hay que destacar, asimismo, que en el siglo XIX se consolidaron las ciudades como grandes urbes gracias a la emergente burguesía que se asentó en ellas, fenómeno paralelo al de la consolidación de la novela frente a otros géneros. Se puede, pues, afirmar que la ciudad y la novela evolucionaron a la par. Además de que este género capta la urbe en su torbellino y fragmentación con mayor precisión que otros debido a que posibilita la descripción y reflexión sobre la misma. Permite que el autor se detenga a expresar con detalle sus impresiones. La poesía o el teatro, por el contrario, apenas sugieren a través de leves pinceladas, ya que estos géneros, por su propia naturaleza, sólo pueden mostrar instantáneas fugaces.

Los grandes escritores de la modernidad no se sustrajeron a la realidad cambiante que significaba la ciudad en esos momentos, de modo que nos han legado interesantes imágenes de la gran transformación urbana de finales del XIX y principios del XX, desde los fascinantes recorridos de Baudelaire por París, sorprendido y atrapado por el bullicio de sus calles:

¡Hormigueante ciudad, ciudad llena de sueños,
Donde el espectro aborda cada día al viandante!
Por todas partes corren cual savia los misterios,
Del potente coloso en los flacos canales.

Baudelaire, "Los siete viejos", *Las Flores del mal* (1857).

O bien las apologías de Apollinaire a la nueva geografía llena de hierro y chimeneas, y que fue llevada a su máxima expresión por los futuristas:

Al fin estás cansado de este mundo viejo
Pastora oh Torre Eiffel el rebaño de los puentes bala
esta mañana
Estás harto de vivir en la antigüedad griega o
romana (...)

Apollinaire, "Zona" (1913). *Alcoholes*.

Del mismo modo que la obra de Galdós describe frase a frase la evolución del Madrid de la segunda mitad del XIX, en sus novelas se hallan desde las grandes transformaciones de la geografía urbana y humana debida a la industrialización, hasta el cambio en la moda femenina y la aparición de los nuevos comercios. Azorín, en cambio, no sólo describe sino que critica y rechaza estos cambios, es de los que consideran a la ciudad industrializada como un monstruo –en la misma línea que la película de Fritz Lang.

Esta atracción de los artistas por la ciudad alcanzó su mayor apogeo con las vanguardias, fascinados por las numerosas y rápidas alteraciones que la industrialización generaba. La gran urbe devino en el símbolo de la modernidad, pues las nuevas tecnologías se aplican a diario a las actuales necesidades de la vida cotidiana, que las requiere cada vez más porque la población no cesa de multiplicarse y con ella la ciudad. Fenómenos reflejados por los artistas de la vanguardia de modo diverso. Aunque, como he mencionado anteriormente, fue el futurismo el que más fascinación y admiración sintió hacia las nuevas tecnologías y por ende por la ciudad como soporte de todas ellas.

Con mayor o menor intensidad, la ciudad como tema ha sido siempre una constante en la literatura. Mirar desde los ojos de la ficción a una ciudad es recrearla, enriquecerla con los matices y vivencias que el narrador refleja en la obra. Quizá las ciudades necesitan para vivir más plenamente de un escritor que las cuente, que las reinterprete, es decir, que las vuelva a crear. Ha sido tratada desde diversos frentes, bien cuestionando su mismo concepto, bien como paisaje urbano o como ser vivo en plena transformación. Así, algunas de esas recreaciones ficcionalizadas se han convertido en referentes y ya no podemos disociar Bagdad de *Las mil y una noches*, Venecia de Casanova o Thomas Mann, Praga de Kafka, San Petersburgo de Dostoievski, el Dublin que recorre el Ulises de Joyce, el Nueva York de John Doss Passos o de Paul Auster, el Oviedo de Clarín, el

Buenos Aires de Borges, la Barcelona de *La ciudad de los prodigios* de Eduardo Mendoza, y tantas otras.

Del mismo modo que existen en nuestro ideario imágenes de estas ciudades reales a través de la ficción, también contamos con otra larga nómina que a pesar de no haber existido nunca ocupan también su espacio, son lo que podríamos llamar ciudades fantasma, en tanto en cuanto sólo viven en la ficción, la Comala de Rulfo, la Santa María de Onetti, el Macondo de García Márquez, Yoknapatawa de Faulkner, etc.

Al igual que las citadas con anterioridad, la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria tiene sus relatores, que la han llevado a la ficción desde diversas ópticas. Hay que mencionar que no debe confundirse la recreación de la ciudad con los anales, descripciones, memorias etc. realizadas por los cronistas. Se trata de dos facetas diferentes, ambas igualmente meritorias, pero muy distintas. Las Palmas de Gran Canaria cuenta con excelentes cronistas, entre los que se pueden citar: Alonso Quesada, *Glosa humorística del modo social de los insulares isleños y Prehistoria de las crónicas de la ciudad y la noche*; Domingo J. Navarro, *Recuerdos de un noventón*; Néstor Álamo, *Crónicas de un siglo*; Tomás Morales, "Poemas de la ciudad comercial"; Domingo Doreste, *Crónicas*; Luis García de Vegueta; José A. Alemán, *Crónicas para cuasi cuarentones*; Antonio de la Nuez, *La isla*; Juan Rodríguez Doreste, *Memorias de un hombre del siglo*; y un largo etcétera. Se trata de una perspectiva vital de la ciudad, los textos citados, y otros muchos que podrían mencionarse, son un mecanismo de la memoria donde confluye el ansia de recuperación del pasado, al que retorna el cronista como memoria personal y al que confluimos sus lectores a través de la experiencia del ayer, actos, ambos que conforman la memoria colectiva de una comunidad. Pero es, desde luego, una concepción diferente a la ficción, pues en las crónicas se impone la fidelidad, lo que se menciona en ellas es el indicio real de la ciudad. La ficción, en cambio, no tiene por qué atenerse ni a la

veracidad ni a la precisión de lo narrado, sino que el escritor rescata sólo aquello que necesita en su obra y lo presenta del modo más apropiado a sus menesteres narrativos.

A pesar de que en Las Palmas de Gran Canaria no se ha dado la novela ni la poesía urbana, sí hay una serie de escritores en los que se pueden rastrear referencias aquí y allá de la ciudad: Luis León Barreto, José M^a Millares Sall, Eugenio Padorno, Lázaro Santana, Saulo Torón, etc. De entre las varias muestras del tratamiento de Las Palmas de Gran Canaria como tema o como entorno claramente identificable, he extraído para comentar tres ejemplos que me resultan especialmente interesantes, a saber: *Faycán* (1944) de Víctor Doreste, *Catalina Park* (1975) de Orlando Hernández y *El obelisco* (1982) de Emilio González Déniz.

Estas tres obras encierran tres visiones muy particulares de una misma ciudad, cada autor transmite su propia visión desde tres ópticas, tres espacios y tres momentos históricos bien diferentes; y las tres contribuyen a modelar el ideario de Las Palmas de Gran Canaria.

Víctor Doreste, paisaje él mismo de esta ciudad –aún deambula en las noches por las calles que tanto transitó–, relata a modo de fábula y novela picaresca a la vez las vivencias de un Faycán redivivo, perro de "una estatura más que mediana y [...] una hermosa mancha negra en la parte derecha del lomo", tal cual él se describe. Él y su pandilla se corporeizaron en el barranco Guiniguada, desde el que hacían algunas incursiones a la ciudad de los humanos con cierto temor y mucha curiosidad. Estas incursiones son las que permiten ir descubriendo perfiles de lo que fue Las Palmas de Gran Canaria en los momentos ficcionados.

Leer *Faycán* es retrotraerse a una ciudad que ya casi no existe, es asomarse a un barranco, ahora irreconocible, que dividía en dos la ciudad. Esa escisión es ya prácticamente inapreciable, al menos carece del encanto de atravesar un puente, que es como adentrarte en algo

nuevo, diferente de lo que dejás al otro lado. Símbolos de esa ciudad ya remota son los dos puentes, el de palo y el de piedra, que en la novela constituyen referencias continuas para sus protagonistas. Se erigen, además, en la ventana por la que los hombres se asoman al mundo libre que simboliza la vida de los perros en el barranco, frente a las ataduras de la existencia en el asfalto.

La dualidad libertad/esclavitud está claramente expresada a través del ejemplo de los perros vagabundos y los que tienen amo y por ende collar y cadena. Que se hace extensivo también al hombre, cada vez más atrapado en las redes de la civilización que representa el asfalto, quien, a veces, contempla el barranco con añoranza por un pasado desaparecido. De modo que la novela es asimismo una reivindicación de la vida en las islas antes de la llegada de los castellanos:

Hace mucho tiempo [...] esta isla en que ahora vivimos era el paraíso nuestro. Se llamaba Canaria [...]. Un día, nefasto para nuestra raza, el hombre holló nuestro canino suelo. La piedra, antes inerte, volaba certera. Silbaba la honda y se astillaba el palo contra nuestros huesos. Cundía el hambre y se adiestraba el lazo [...]. En poco tiempo, las inmensas jaurías quedaron reducidas a unos cuantos perros que vagaban hambrientos por los secos barrancos. Llegó un día en que los pocos que aún quedaban con vida se dividieron en dos bandos. Unos, los que decidieron seguir luchando hasta la muerte por su libertad; este grupo lo capitaneaba el *Gran Faycán*. Los otros, con el rabo entre las piernas y las orejas limpiando el polvo de los caminos, se entregaron al amo. (págs. 50-52).

Es curioso cómo esta novela se ha convertido en un cúmulo de símbolos; por una parte, para los canarios en general sigue siendo enseña nacionalista; y por otra, para los habitantes de Las Palmas de Gran Canaria acervo indiscutible de una ciudad casi perdida. Ciudad que más que ser retratada fielmente, es sugerida a través de las imágenes impresionistas que va dibujando el protagonista, Faycán, con el

comentario de sus correrías y las de sus compañeros. Correrías que se circunscriben a la zona de Vegueta, el mercado y sus aledaños para buscar comida; y la plaza de Santa Ana como referencia de un pasado glorioso representado por sus ocho antepasados.

Y de nuevo los dos puentes por los que observan pasar al hombre, que cada vez los atraviesa con más rapidez. Las prisas como signo del cambio de los tiempos. La vida acelerada de la ciudad que impide echar una ojeada a su alrededor y pararse a contemplar las alteraciones que se producen en su entorno, sin ser consciente de que con la desaparición de la manera de vivir de esos perros desaparece también un modo de vida y una parcela de la ciudad, figurada a través del barranco.

El barranco Guiniguada es uno de los muchos que escindían esta ciudad, una suerte de tentáculos de naturaleza agreste que se introducían en ella, pero ya no quedan porque el asfalto los devoró. La naturaleza ha quedado relegada en nuestra ciudad a los domesticados y escasos parques y plazas.

Orlando Hernández, por su parte, ha realizado en *Catalina Park* "una crónica variopinta y esperpéntica del submundo de un turismo internacional", como se menciona en la cubierta. Se trata de un recorrido por el Parque de Santa Catalina, la calle Ripoché y sus alrededores, es decir la zona en la que se instalaron los primeros turistas que llegaron a la isla. El autor hace un retrato realista de los personajes que deambulan por esa parcela de la ciudad, la geografía urbana apenas se vislumbra, sólo se citan nombres de bares, discotecas y salas de fiesta aunque tampoco éstas son descritas, pues sólo interesa la geografía humana, la fauna heterogénea que recorre esas calles buscando diversión, los que conjugan el verbo "ripochear":

Ripochear es un verbo tan activo como pasivo, según lo que se presente. Puede significar romper unas horas de soledad encontrando una simple compañía momentánea, o encender una



El barranco del Guiniguada y sus aledaños, con el antiguo Puente de Verdugo.

amistad duradera a escala internacional. Perfeccionar un idioma y abrir nuestras estrecheces a mentalidades más amplias. Sembrar un deseo o recibir una súplica. Acercarse al mundo de las pasiones naturales y verlas con ojos de hombre, comprendiendo para que nos comprendan.

Puede ser un intercambio de pequeñas miserias o de estrechamientos magníficos. Volver a lo repetido o encontrarnos con algo sorprendente, aunque lo imprevisto a veces sea un pequeño follón, que al amanecer ha perdido siempre su importancia. Riposchar puede ofrecernos aire respirable o introducirnos en aquel callejón al que sólo tienen acceso los que de verdad querían entrar (pág. 37).

Efectivamente, en torno al Parque se generó un ambiente cosmopolita al que se acercaban muchos a buscar nuevas sensaciones, conversación, compañía, etc. Un lugar atrayente, pleno de misterios, sobre todo para lo jóvenes. Además de esto, *Catalina Park* es también una muestra

perspicaz del mundo artificial y ficticio que propicia el turismo, crea en ciertos habitantes la fantasía de asir un mundo nuevo, una vida llena de placeres. El problema es que los jóvenes no aciertan a comprender que la vida de los turistas en la ciudad es un mero paréntesis, ellos, en cambio, pretenden vivir de este modo todo el año. Se mueven alrededor del turismo, su principal ocupación es ligar extranjeras y el deseo del dinero fácil y rápido, uno de los prototipos es Pipo, quien "sin conocer profundamente idioma alguno, sabía lo suficiente como para entenderse en sueco, francés, inglés y alemán, aunque por falta de palabras tampoco se perdería un lígüe con cualquier danesa o con la visitante que fuera". Junto a los jóvenes atraídos por el esplendor y la libertad de estas calles, hay toda una tipología de solitarios, artistas, vendedores ambulantes, sablistas, esporádicos visitantes, estudiantes, etc. como dice el autor:

Nórdicas bellas, sugestivas nigerianas, japoneses semidormidos, sudamericanos, alemanes,

griegos y marroquíes, mezclados todos entre los elementos nativos, que componen el atrayente mestizaje en el que se confunde el no sé qué ibérico con la restallante dulzura del isleño (pág. 18).

Personajes todos que, al igual que los bares y discotecas, tuvieron su correlato real, de los que quedan vestigios en la ficción: El Dátil/La Támara, La Cotorra/La Cacatúa, El Relámpago/El Rayo, El Hipódromo/El Derby, etc. De entre los personajes, el único que conserva su nombre real es Lolita Pluma, indiscutible "Musa" de la zona –de la que, por cierto, han instalado una escultura que en nada le hace honor–, que sorprendía cada día con sus curiosas indumentarias: "Rojo, verde, azul, violeta, blanco, naranja, malva, multicolor su estela cualquier otro día. Pasará siempre en color diferente, porque se cambia a diario de los pies a la cabeza, que por algo es el camaleón más voluntarioso y pintoresco del Catalina Park". Se trata de un personaje cariñosamente descrito por el autor, quien destaca su señorío, la "primera *hippie* pura de la isla", su amor a los animales, etc. Personaje de sobra conocido, es imposible pensar en el Puerto sin ella, pues fue uno de los principales miembros de la geografía humana y urbana de Las Palmas de Gran Canaria.

Además de ser una radiografía del ambiente durante el "boom turístico", *Catalina Park* también muestra algunos de los rasgos propios de las grandes ciudades, que comenzaron a percibirse en esos momentos. Me refiero a cómo en la época contemporánea la soledad no se vive en las calles desiertas, sino en aquellas repletas de gente y de bullicio. La soledad se intensifica aún más cuando no se puede participar de ese bullicio sino sólo contemplarlo desde lejos.

Hay una separación entre las dos ciudades, la que participa del cosmopolitismo turístico, descrita fielmente en el texto, y la del otro lado del Parque "donde en verano sigue ofreciendo su concierto semanal la Banda Municipal de Música, conserva todavía el aire provinciano de una ciudad dormida en el tiempo". Esta ciudad,

la real y tangible apenas si es sugerida por breves comentarios, es la de "a las once en casa", las compras a plazos en la tienda del barrio, los trabajos de peón, las estrecheces económicas, etc. En definitiva, la dura realidad, lo que hace aún más atrayente un espacio dentro de tu propia ciudad donde todo parece posible.

Catalina Park es una novela polifónica, una suma de diversas historias y modo de vida de alguna de las personas que vivieron esos años iniciales del turismo que cambiaron la zona del Puerto, no sólo porque la geografía humana se alteró absolutamente sino también la urbana. Ambas con el mismo frenesí y desenfreno. Fueron años de cambios y apertura con todas sus ventajas e inconvenientes. Para Mario y sus amigos la ciudad turística fue un monstruo que se los tragó por querer participar en el desenfreno de sus noches; en cambio, para otros significaba una bocanada de aire fresco dentro de la España represora y gris de aquellos momentos.

La ciudad que presenta Emilio González Déniz es un lugar social dominado por un símbolo, el obelisco, alrededor del cual se producen una serie de hechos que él mismo relata. El autor ha realizado un gran esfuerzo para transmitir a través de la palabra una ciudad hecha de piedra y sentimientos.

Emilio González Déniz ha acotado un espacio social que se corresponde con un espacio urbano concreto, la zona del Obelisco, simbolizado por la gran piedra que lo domina. Para los personajes de la novela se trata de un lugar cargado de valores sentimentales, a pesar de que se mueven por toda la ciudad, ese espacio es el centro de sus vidas, pues ha presenciado su paso por la adolescencia, la juventud y ahora es el testigo de su recalada en la madurez.

El autor se ha servido de la prosopopeya para contar las vivencias de estos personajes. El único narrador omnisciente es el "obelisco", ser objetivo que ha visto en silencio la evolución de estos personajes, bien a su sombra bien a la de otras piedras "hermanas". Recurso intere-



Parque de Santa Catalina. Años 60.

sante porque evita de este modo cualquier tipo de subjetivismo o preponderancia de uno de los personajes sobre el resto.

Comienza la novela con un prefacio en el que el obelisco explica por qué está capacitado para hablar del hombre:

Levantamos acta del tiempo humano: menhires, pirámides, acrópolis, catedrales, acueductos, escoriales, calzadas, rascacielos. Desde el gris severo de la roca viva, hasta el lujoso blanco del mármol de Carrara, malaquitas, granitos, dioritas y basaltos han ofrecido su materia al arte de esculpir (pág. 9).

Termina el breve prefacio con una especie de presentación, menciona su procedencia, así como su estrecha vinculación con los personajes de los que hablará:

Soy un humilde obelisco provinciano, que ni siquiera fue tallado en una sola pieza. En vez de recordar al Nilo de Psamético II, pertenezco a mis contemporáneos; siendo piedra viva, los

conozco tan bien que puedo sin esfuerzo llegar a su pasado, estar en su presente, y guardar con ellos el futuro. Soy tan de ellos que a veces hasta vivo sus esperanzas, sus desilusiones, sus recuerdos... (pág. 10).

Acto seguido comienza el peregrinaje de un grupo de amigos que desde un sábado en la tarde hasta el lunes siguiente sufren un cambio notable en sus vidas. Se trata de una novela polifónica, en la que se suceden monólogos interiores, a través de los cuales conocemos su propio pasado y la versión del de sus amigos, son numerosos también los diálogos, que son los que nos sitúan en el presente. De modo que el que da unidad a ambos recursos es el obelisco, narrador omnisciente y demiurgo de la historia.

Si bien la fábula gira en torno a la zona del obelisco, los personajes desarrollan su vida en diversos puntos de la ciudad, por ello hace Emilio González Déniz un recorrido a lo largo de ella en pos de las vivencias de los personajes. Esto propicia la descripción de una extensa geografía urbana: Vegueta, Las Canteras, la Avenida Mari-



Plaza de la Constitución (del Obelisco). Años 60.

tima, el Puerto de la Luz, el Parque de Santa Catalina, etc. algunos de los cuales son debidamente glosados por el narrador:

La furgoneta arrancó sobre lo que en otro tiempo fue Puente de Piedra; aquella obra, hoy en el recuerdo como su antecesor el Puente de Verdugo, unió a los barrios de Triana y Vegueta, imitadores grancanarios de las orillas del Betis. Tal denominación se inspiró sin duda en la ciudad de Sevilla, sustentadora de muchas centurias de trasiego cultural entre La Península y el Archipiélago.

Sobre las pilastras que esquinan el puente, las cuatro estaciones vigilan el paso de los trimestres, arrogándose los. El grupo escultórico está compuesto por dos apolíneos semidioses barbarrizados, y dos vestales, de medio cuerpo desnudo, que llegaron a ser retiradas como objeto de escándalo, dicen que por recomendación de un clérigo temeroso de que la contemplación de aquellos senos clásicos trajese sobre la ciudad el exterminador fuego de Sodoma (pág. 36).

Como se puede observar, se trata de una extensa glosa, amén de que la descripción menciona una serie de datos complementarios en relación con la historia de la ciudad que contribuyen a que el espacio urbano de la narración se convierta en un personaje más, con su propia vida. Quizá eso motive el interés por relatar en todo momento la vida de ciertos rincones con similar detalle a la de los personajes. Asimismo sucede con algunos lugares de la isla -Agaete, La Playa de Las Mujeres, Arternara...-, y otras ciudades en las que han pasado temporadas ciertos miembros del grupo, especialmente La Laguna y Madrid. Hay que destacar que sólo se detiene en aquellos espacios dominados por la piedra, como es la Plaza Mayor de Madrid, El Escorial o bien algunas zonas de La Laguna:

La Laguna, ciudad que en 1513 el Adelantado Alonso Fernández de Lugo eligiera como sede principal de las islas de realengo, se abriga en los muros de la universidad, sin la cual es imposible concebirla. Mis hermanas, las piedras de la calle de La Carreta, de la Torre de las

Concepción, de la plaza del Adelantado, mucho más viejas que yo en el conocimiento de las cosas, también recibieron el calor de las personas que nacieron conmigo en la década de los cincuenta. (pág. 48).

La geografía urbana que deviene en espacio vital para los personajes, sin cuya referencia es imposible comprender su ciclo vital. De hecho, se conocieron en los alrededores del obelisco a los inicios de su adolescencia y en torno a ella se han producido los sucesos más destacados desde ese periodo, pasando por la juventud hasta alcanzar la madurez, salto que es el que refleja el texto de González Déniz. Se trata de una novela circular, que cierra un ciclo iniciado hace años y abre otro nuevo hacia la madurez. Este cambio ha sido propiciado por Sico, una de los miembros del grupo y obelisco vivo en torno al cual han girado, de un modo u otro, las vidas de todos los amigos. Hasta el momento, la vida de estos personajes seguía marcada por acontecimientos de su adolescencia y primera juventud, en algunos casos incluso estaban estigmatizados por ella. El detonante es una *broma* de Sico, quien simula su muerte; cuando descubren que el amigo no ha muerto se produce una cuasi-terapia de grupo en la que salen a relucir todas las miserias y frustraciones que habían guardado todo este tiempo, ahora la confrontación confiere una nueva perspectiva a sus vidas. Este suceso posibilita que afronten ahora una nueva etapa, han salido del limbo juvenil que coartaba su evolución personal. La entrada en la madurez simbolizada por el corte del cordón umbilical que significaba el obelisco-grupo.

Este texto resulta simbólico para una generación de esta ciudad que ha visto, al igual que los personajes de la novela, cómo toda una parte de su vida ha girado en torno a esta zona, unida a todo un imaginario político, musical, cambio de comportamientos, etc. todos ellos reflejados en la novela de Emilio González Déniz.

En las tres novelas elegidas se han podido apreciar una serie de geografías de Las Palmas de Gran Canaria, ciudad rastreada a través de la

palabra y del imaginario de cada uno de estos tres autores. Víctor Doreste sugiere, Orlando Hernández fotografía y Emilio González Déniz rastrea a través de una parte de ella. Tres zonas –Vegueta, Las Palmas, el Puerto–, tres parcelas muy diferentes que configuran, ensambladas, lo que es actualmente la ciudad.

En los tres autores hay un gran interés por contar la historia de la ciudad, aunque sólo sea a través de pinceladas impresionistas, en *El obelisco* es una constante, cada lugar es glosado con profusión de detalles, *Faycán* cuenta una fantástica historia de los perros de Santa Ana y en *Catalina Park* Orlando Hernández no puede sustraerse a detallar la historia de la zona que es leitmotiv de su novela:

Los mallorquines, cuando llegaron a Canarias allá por 1360, junto con otras nuevas y pretensiones trajeron la devoción a Santa Catalina de Alejandria, a la que dedicaron no sólo una de las primeras ermitas de la isla, sino que pusieron bajo su advocación gran parte de lo que entonces eran desérticos arenales, incluido el actual parque, que el cosmopolitismo verbal ha convertido en Catalina Park [...]. Plazoleta rústica en la que había un pilar público al que en otros tiempos iban los vecinos a buscar agua, como van hoy a la caza de sensaciones (pág. 19).

Se puede rastrear un texto tanto por lo dicho como por lo no dicho, las ausencias y las presencias son igualmente significativas para la creación de una ciudad, ya que ello muestra los intereses concretos de cada autor. En *El obelisco*, a Déniz no le interesa en absoluto la geografía humana de la ciudad pues no hace la menor referencia a otras personas que no sean sus personajes, en cambio describe con el mayor detalle los edificios y monumentos, de los que incluso relata su historia. En este sentido, parece una ciudad fantasma habitada sólo y exclusivamente por sus personajes. En *Catalina Park*, por el contrario sólo interesa el factor humano. Apenas si sabemos cómo es el Parque, la calle Ripoche o la Playa de Las Canteras; y mucho menos los bares que tanto

transitan los personajes, ni el menor detalle de ellos; en cambio sabemos cómo se visten y mueven no sólo los personajes principales sino también los secundarios e intuimos a toda una infinidad de personas alrededor de las citadas. Y en *Faycán* intuimos tanto la geografía humana como la urbana a través de las leves pinceladas “inocentes” del narrador.

Una ciudad deviene de la suma de los imaginarios de sus habitantes a lo largo de la historia. Estos son tres ejemplos, tres concepciones de una misma ciudad. Cada uno de estos autores, sea de forma consciente o no, ha transmitido en la creación artística sus vivencias y experiencias en el entorno transitado, alteradas

en la ficción. Pero que dejan traslucir aspectos del acervo personal, pues desde el momento que ha acotado una parcela o faceta como sujeto de ficción, ha intervenido ya la intervención subjetiva del autor. Éstas son pues, tres visiones de un espacio único y complejo como es la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, para cuya descripción se han utilizado varios adjetivos; ciudad-puerto, ciudad-isla, ciudad-discurso, etc. Todos ellos válidos porque cada uno encierra su porción de veracidad. Desde mi lectura también subjetiva de estas novelas propongo otros para sumar a la extensa lista; *Faycán* me insinúa una ciudad-sugerida, *Catalina Park* una ciudad-geografía humana y *El obelisco* una ciudad-piedra.